

Pierre BRUNEL e Yves CHEVREL, *Compendio de literatura comparada*. Trad. de Isabel Vericat Núñez. Rev. de Françoise Perus. México, Siglo XXI, 1994. 416 pp. (Serie de Lingüística y teoría literaria)

Leer resulta una actividad mucho más sencilla que comentar lo leído. Llega uno a la cuarta de forros y, si así lo aconseja el deseo, allí queda el libro. Pero cuando una reseña aguarda al otro lado de la lectura, el proceso mismo de leer se ve sujeto, en cada página examinada, a esa preocupación latente: opinar por escrito. Llega uno a la cuarta de forros y, así lo aconseja la práctica, iniciamos la toma de notas, el pensar por dónde abordar la crítica, el decidir qué incluir y qué callar. Cuando lo leído se llama *Compendio de literatura comparada* el problema crece. Es decir, crece porque el reseñista tiene ante sí un material demasiado rico. Claro, existe una solución sencilla y quizás hasta simple: limitar la nota a decir “léase obligatoriamente y sin saltarse capítulo alguno”.

Tal es, en realidad, nuestra reseña. Pero expliquemos por qué es obligatoria la lectura y por qué es obligatorio no saltarse capítulos. En el Prólogo de este libro, a cargo de los compiladores, se asegura que, al surgir la idea inicial de darle vida, ninguna intención hubo de convertirlo en una *summa*. Meramente se buscaba reunir un material, producto de especialistas muy variados, que sirviera como herramienta de consulta y de guía en el laberíntico reino de la literatura comparada. Así, y por mencionar unos cuantos aspectos, hay capítulos que se refieren al hecho comparatista mismo, al sentido de la otredad como base de la actividad comparatista, a la relación de la literatura con el cine, al sentido en el cual la traducción es literatura comparada, al manejo de literaturas extranjeras desde el enfoque de la cultura propia (con cierto hincapié en la producción africana), al sentido y las intenciones de la literatura para niños, y muchos, muchos otros ángulos de enfoque. Aunque varios de los capítulos traen su bibliografía particular, hay una general al final de volumen. Es amplísima y viene separada por temas. Echarle un vistazo es convencerse (¿haría falta?) de que la literatura comparada es algo más que el capricho académico de ciertos eruditos pedantes o tal vez despistados. Se presenta como una útil herramienta para ahondar nuestra percepción de la literatura y para comprender mejor lo que nos une como seres humanos.

Así, diríamos que esta compilación es una serie de provocaciones para el lector atento y no digamos para el astuto. Casi cualquier dato erudito de los muchos que se incluyen y sin duda todas las ideas son vías para continuar por cuenta propia el examen de la literatura. Desde luego, todo libro debe cumplir con ese requisito. Extraigamos un ejemplo de esta obra que nos ocupa. Se cita de Montaigne lo siguiente: es indispensable “pulir los sesos al contacto con los del otro”. Allí se resume en qué consiste, finalmente, la cultura. Pero una vez que comenzamos a dialogar con la cita, es necesario precisarla, pues si el otro es uno de los muchos ineptos que trabajan en, digamos, la televisión, mal resultado dará el pulido recomendado. Entonces, a partir de la cita, el lector puede lanzarse a una serie de meditaciones, sin duda, provechosas. Habrá, por no salirnos de la idea expresada, pulido su intelecto con el de otros. Partamos ahora de lo siguiente: Daniel Madelénat asegura que “las obras comunes reflejan, como espejos quebrados, algunos fragmentos de la superficie social” y, desde luego, las obras maestras incluyen porciones enormes de esa superficie, pero además reflejadas en profundidad. Ya tenemos otro punto de partida desde el cual arrancar en elucubraciones propias, porque de inmediato unimos lo anterior con una idea que tomamos de Helena Beristáin: toda obra literaria es un conjunto de elementos culturales y, entonces, cuanto más rica en elementos la obra, mayor reto en la lectura para el individuo bien preparado. O citemos a nuestra colega Flora Botton en su inteligente ensayo sobre la traducción: “toda obra traducida tiene dos autores, y el traductor es, *cronológicamente*, el segundo de ellos”. Si partimos de que en literatura comparada siempre presuponemos antecedentes de algún tipo para toda obra, ya tenemos a la traducción inserta en el catálogo que le corresponde, pues el autor vertido a la segunda lengua será el antecedente de lo creado por quien a llevar literatura de una lengua a otra se dedica.

No habría fin a la cantidad de citas similares que podríamos hacer. Ni fin tendrían nuestras elucubraciones a partir de ellas. Pero no es abusar en demasía de un juego al que tienen pleno derecho quienes de esta reseña parten a leer el libro comentado. Resumamos diciendo que el volumen motivo de esta nota funciona, a la vez, desde enfoques diversos, todos complementarios. Uno, el de las secciones mayores, donde se atiende a una parte de la teoría comparatista. Allí, digamos, se explica que la busca de ecos o influencias en una obra es la parte mínima de la tarea de comparación. Se examina el ya antiguo problema de las literaturas nacional, universal y comparada; se investiga el sentido de lo diacrónico y de lo sincrónico en los estudios comparatistas; se analizan las dificultades que crean los diversos sistemas poéticos existentes; hay una indagación muy sesuda de Daniel-Henri Pageaux acerca de la imaginaria cultural y el imaginario, que permite entender muy bien —entre

varios aspectos más— el papel de los estereotipos, primero en la sociedad y enseguida en la literatura; desde luego, no tiene pierde el estudio de Yves Chevrel relativo a “los problemas de una historiografía literaria comparatista”. Y un capítulo que en lo personal —los reseñistas pueden y acaso deben permitir la intrusión de los gustos personales— me atrajo mucho es el que se refiere a la relación de la literatura con el cine.

Jeanne-Marie Clerc es la autora de este ensayo y, desde luego, prueba cabalmente que conoce a fondo su tema. Lo fácil es decir que cine y literatura constituyen dos sistemas de narración distintos. Lo sabemos todos. Aunque no todos deducimos con seguridad por qué son dos sistemas distintos y en qué grado pueden serlo. Pero aún menos gente tiene conciencia de cuándo se dieron las primeras aproximaciones entre dichos sistemas, en qué consistieron y por qué la literatura fue el superior en razón de su prestigio y antigüedad. Veán ese “fue” cuidadosamente elegido: Clerc nos hace ver, con buenas razones, que hoy día no está sucediendo lo mismo y el desarrollo de su artículo explora, al menos en parte, la preponderancia del cine en nuestra modernidad. Y luego, terreno un tanto más resbaladizo, cuáles han sido las aportaciones del cine a la escritura literaria, cuándo empezaron a darse de un modo ya asible y en qué consistieron. Quizás sea en este capítulo donde mejor se capten las aportaciones que la literatura comparada puede hacer.

De esta manera, cuando se termina la lectura del compendio que estamos reseñando, se tiene una idea muy completa de qué es aquello propio de la literatura comparada que ninguna otra actividad crítica cumple. Por tanto, el volumen satisface su propósito de un modo entretenido, con diversidad de enfoques en cuanto al tema y con abundancia de información. En cuanto a la traducción, digamos que por momentos olvidamos su existencia, índice, para nosotros, de una labor llevada a cabo con dignidad.

Federico PATÁN